

*La storia del toro*

# FERDINANDO

*di Munro Leaf*



*Disegni di* Robert Lawson

excelsior 1881

Autor: LEAF, Munro

Escritor e ilustrador norteamericano. 1905-1976. Nació en Hamilton, Maryland. Estudió en Harvard, perteneció al ejército, después fue profesor. Su libro más conocido y perdurable fue *Ferdinando el Toro*, cuyas ilustraciones originales no fueron suyas sino de Robert Lawson. Falleció en Garrett Park, Maryland.

## Ferdinando el toro

Había una vez en España un torito que se llamaba Ferdinando. Todos los demás novillos que vivían con él corrían, brincaban y se daban topetazos, pero Ferdinando no lo hacía.



Le gustaba sentarse tranquilamente a oler las flores. Tenía un lugar preferido en la pradera, debajo de un alcornoque. Era su árbol preferido y el torito se pasaba el día a la sombra oliendo las flores.



A veces su madre, que era una vaca, se preocupaba por él. Pensaba que Ferdinando se sentía solo.



-¿Porqué no corres y juegas a saltar y darte topetazos con los otros toritos? -le decía.

Pero Ferdinando negaba con la cabeza y respondía:

-Prefiero quedarme aquí donde puedo sentarme tranquilamente a oler las flores.

Su madre se dio cuenta de que él no se sentía solo y como era una madre comprensiva, aunque era una vaca, dejó que se quedara bajo el alcornoque y fuera feliz.



Con el paso de los años, Ferdinando creció y creció hasta convertirse en un toro grande y fuerte.



Los otros toros que habían crecido con él en la pradera se pasaban el día peleando. Se embestían unos a otros y se daban cornadas. Lo que más deseaban era ser escogidos para pelear en las corridas de toros de Madrid.



Pero Ferdinando no quería eso. Todavía le gustaba sentarse tranquilamente bajo su alcornoque a oler las flores.



Un día llegaron cinco hombres con sombreros muy raros para escoger al toro más grande, más veloz y más bravo para las corridas de toros de Madrid.

Los demás toros corrieron de aquí para allá bufando y embistiendo, saltando y brincando para que los hombres creyeran que eran muy fuertes y bravos....y los escogieran.

Ferdinando sabía que no lo iban a escoger y en realidad no le importaba. Así que se fue a sentar bajo la sombra de su alcornoque preferido. Pero no se fijó y en vez de sentarse sobre la hierba, se sentó sobre una abeja.



¿Qué harías tú si fueras una abeja y un toro se sentara sobre ti, lo picarías, ¿verdad? Pues eso fue exactamente lo que hizo esta abeja.



-¡Caramba! ¡Qué dolor! Ferdinando brincó y dio un bramido. Corrió en círculos resollando, resoplando, embistiendo y pateando la tierra como un loco.

Los cinco hombres lo vieron y gritaron de alegría. Ese era el toro más grande y más bravo de todos. ¡Era el mejor para las corridas de Madrid! Entonces, se lo llevaron en una carreta para el día de la corrida.



¡Que gran día! Las banderas ondeaban, la música sonaba ...y todas las bellas señoritas llevaban flores en el pelo.



Todos entraron desfilando a la arena de la plaza de toros. Primero salieron los banderilleros con unos palos puntiagudos adornados con cintas para pinchar al toro y enfurecerlo. Después salieron los picadores, montados en caballos muy flacos, llevando largas danzas para picar al toro y enfurecerlo aún más.

Luego salió el matador, el más arrogante de todos. Se creía muy guapo y saludó a todas las señoritas con aires de gran señor. Tenía una capa roja y una espada, y era el que tenía que darle al toro la estocada final.



Por último, salió el toro. ¿Y a que no adivináis quién era? Ferdinando.



Lo anunciaron como Ferdinando el fiero. Todos los banderilleros y picadores estaban asustados, y el matador se quedó paralizado de miedo.

Ferdinando corrió al centro de la arena y todos gritaron y aplaudieron porque pensaban que iba a pelear ferozmente, resoplar y embestir a medio mundo.

Pero Ferdinando no lo hizo. Cuando llegó al centro de la arena y vio las flores que el matador aún tenía en sus manos, todo lo más que hizo fue sentarse a olerlas tranquilamente.

Por más que lo provocaron, no quiso embestir ni dar cornadas. Se quedó sentado en medio de la arena oliendo las flores. Los banderilleros estaban furiosos y los picadores estaban aún más furiosos. El matador estaba tan enfadado que se puso a llorar porque no podía enojarlo al con su capa y espada.





Así que no les quedó más remedio que llevar a Ferdinando de regreso a su casa. Y según cuentan, allí está todavía, debajo de su alcornoque preferido, oliendo las flores tranquilamente.



FIN